

# 1

## INTRODUCCIÓN

### AL KARMA Y EL RENACIMIENTO

La existencia humana es algo extraño. Parece ser milagrosa, maravillosa, rara y aterradora, todo a la vez. Al despertar nos encontramos con que hemos sido arrojados a un mundo que no entendemos y queremos (incluso necesitamos) una explicación, un mapa con el cual podamos navegar por este territorio raro. ¿Por qué estamos aquí? ¿De dónde venimos? ¿Qué es este lugar? ¿Qué sucederá cuando muramos? El hecho de que podamos hacer preguntas sobre nuestra vida y tratar de averiguar hacia dónde nos dirigimos es en sí algo profundamente extraño e inquietante. Como alienígenas que caminan en un planeta desconocido y sufren amnesia, tratamos de armar una historia a la que llamamos nuestra vida y un escenario al que llamamos mundo. Seguimos pistas, anotamos cosas y tratamos de recordar quiénes somos y qué es lo que supuestamente tendríamos que estar haciendo. Como el personaje principal en la película *Memento*,<sup>9</sup> quien ha perdido la memoria a corto plazo, reunimos pedazos que aparentemente tienen importancia, solo para encontrarnos con que la frágil historia que hemos tejido se puede desbaratar en un segundo. En un esfuerzo por darle sentido al misterio que nos confronta, no nos tatuamos notas en el cuerpo,

como lo hace el personaje de la película, pero sí las grabamos en nuestras mentes y formamos una historia que le da cierto sentido a ese misterio que es nuestra vida.

Durante el transcurso de nuestro viaje por este planeta extraño nos encontramos con otros seres. Muy pronto nos damos cuenta de que la mayoría de ellos no son como nosotros. La gente se distingue entre sí por muchas cosas: el color de su piel, su idioma, su cultura, su inteligencia, su riqueza, etc. Descubrimos que algunos niños nacen sin tener algo que llevarse a la boca mientras que otros comen con cuchara de plata. Nuestros televisores y periódicos nos muestran cómo algunos nacen en tierras devastadas por la guerra y en lugares donde predominan la hambruna, las inundaciones y los terremotos, mientras que otros gozan de una vida llena de tranquilidad en la que sobra la comida y rara vez presencian un desastre. Al escuchar sobre las últimas inundaciones en Mozambique o el último terremoto en la India es difícil dejar de pensar en que algunas personas están destinadas a vivir desgracias. La vida de algunos está llena de tragedias mientras que otros construyen éxito tras éxito y todo les llega con facilidad. Unos están inmersos en desastres y, al parecer, a otros les sonrío la fortuna. Si somos aunque sea un poco curiosos nos preguntaremos por qué esto es así. ¿Quién o qué es el responsable de que así sean las cosas? Debe de haber, seguramente, un método que rija estas brutales desigualdades que dividen a los ricos y los pobres, a los bendecidos y los desgraciados. Debe de haber una manera de explicar por qué el mundo es tan injusto.

¿Es Dios? ¿Es el destino? ¿Estamos destinados a algo desde el principio? ¿Deben seguir nuestras vidas un rumbo predefinido? ¿Existe algún principio divino que interviene en nuestra vida para darle forma a nuestro destino? ¿O es simplemente la suerte, la oportunidad, una distribución azarosa de destinos buenos y malos? ¿O es que estamos obteniendo lo que

nos merecemos? No parece que la vida sea imparcial con respecto a nadie. Esto nos queda muy claro. Sin embargo, ¿cómo debemos entender esta realidad que parece tan voluble e injusta y cómo explicárnosla?

Al parecer el corazón humano tiene una profunda necesidad de respuestas para esas preguntas. Podríamos, incluso, sugerir que proporcionar explicaciones satisfactorias para esas inquietudes es una función esencial de la religión. La pregunta sobre por qué la fortuna no favorece a todos ha preocupado a los pensadores religiosos durante siglos. En las primeras escrituras budistas, Subha, el hijo de un eminente brahmán, le hace esta pregunta al Buda.<sup>10</sup> Subha quiere saber por qué algunas personas son ricas y otras son pobres, por qué unas tienen largas vidas y otras cortas, por qué algunos son feos y otros hermosos, por qué algunos son tontos y otros sabios. En resumen, quiere una explicación para esa desigualdad. La respuesta que le da el Buda es muy sucinta:

*Alumno, los seres son dueños de sus acciones (karmas), herederos de sus acciones. Su origen proviene de sus acciones, están vinculados a sus acciones, sus acciones son su refugio. Es la acción lo que distingue a los seres como inferiores y superiores.*<sup>11</sup>

Esta famosa máxima introduce la enseñanza del budismo acerca del Karma pero, ¿qué sentido le podemos encontrar a esto? Aunque la palabra karma (literalmente, “acción”) forma ya parte de nuestro idioma cotidiano, su significado a menudo no queda claro. En términos generales, Karma es un principio moral que rige la conducta humana. Declara que nuestra experiencia actual se encuentra condicionada por nuestra conducta pasada y que nuestra conducta actual condicionará nuestra experiencia futura. Lo anterior puede sonar muy obvio pero la mayor parte de las interpretaciones sobre el Karma profundizan

un poco más. Antes de presentar mi propia definición práctica de Karma ofreceré un breve resumen de algunas de las ideas más prevalecientes, para exponer con mayor claridad este tema.

En primer lugar, el Karma suele equiparse con el principio general del budismo conocido como surgimiento interdependiente o producción condicionada (*pratitya-samutpāda*). Se considera que esta es “la Ley que rige al Universo”,<sup>12</sup> la ley de la causalidad. En el capítulo 3 veremos cómo esta interpretación combina un ejemplo de la enseñanza budista del surgimiento interdependiente con el principio general en sí. Esta confusión da como resultado un entendimiento confuso de cómo y por qué las cosas suceden como suceden, lo cual ha dado pie a que se piense engañosamente que las fuerzas morales determinan todos los resultados.

En segundo lugar, el Karma es a menudo presentado como un principio de equilibrio moral que restaura el balance y la armonía en el universo.<sup>13</sup> Así que si actúo mal de alguna manera, entonces tarde o temprano algo malo inevitablemente me sucederá, ya que esto es necesario para “volver a equilibrar” al universo. Bajo esta óptica nuestras acciones deben verse como transacciones casi mecánicas con valores definitivos que tienen retribuciones iguales e incluso acordes a nuestras acciones.

Al Karma también se le ha descrito como un principio “retributivo”, una “ley de hierro” que subyace bajo un universo “justo” que castiga a los que actúan mal y recompensa a los virtuosos. Así que si algo malo nos sucede debe de ser porque nosotros mismos hemos hecho algo para “merecerlo”, ya sea en esta vida o en alguna vida pasada. De la misma manera, si recibimos una recompensa o tenemos buena fortuna debe de ser porque actuamos bien en el pasado. Aunque describir al Karma como un principio retributivo no está del todo mal puede ser engañoso, ya que implica que el Karma es un tipo de juicio cósmico, incluso tal vez una fuerza inteligente, que reparte desapa-

sionadamente las recompensas y los castigos apropiados. También implica que toda fortuna y todo infortunio pueden tener una mejor explicación mediante las fortalezas y las fallas morales. Así que, bajo esta óptica, ningún sufrimiento es injustificado y ninguna bendición es inmerecida. Esta es una opinión que pongo en tela de juicio.

Finalmente, el Karma es visto por algunos como un principio de inevitabilidad semejante al destino, que sugiere que las cosas están simplemente “destinadas” a suceder. De tal forma que si, por ejemplo, roban mi coche, ese es mi karma; si gano la lotería, ese es mi karma y si me secuestran los extraterrestres, entonces ese es mi karma también. Sin embargo, ¿qué significa decir que algo es mi karma? Esto no queda claro en absoluto. De hecho, puede parecer una respuesta fácil ante un desagradable evento inesperado. En qué sentido esos acontecimientos “se supone que deben pasar” y son adecuados es menos que obvio y rara vez se ofrecen explicaciones. Una de las limitaciones de estos juicios es que siempre se hacen después de que sucedió el evento. No hay medios para verificarlos o desaprobarlos. En retrospectiva siempre podemos ver que “lo teníamos merecido”.

El resultado de esas interpretaciones es que muchas veces el Karma se entiende como una ley mística cuya forma de operar es insondable pero que, misteriosamente, guía el curso de los sucesos. Si hay objeciones se puede apelar a la inefable naturaleza. Esto significa que la creencia en el Karma se convierte en un artículo de fe, en lugar de algo que hay que comprender a través de la experiencia. Esto da como resultado dos dificultades. La primera, si uno está convencido de que el Karma es verdad de la manera en que fue descrito con anterioridad, es que ninguna cantidad de objeciones razonables o de aparentes contradicciones podrían hacer que uno dude sobre él. La segunda es que si uno no tiene fe entonces se vuelve algo difícil de aceptar,

ya que es posible que uno no admita que una causa moral se encuentre detrás de un acontecimiento (tal como la caída de un meteorito) que puede ser explicada fácilmente sin ella. Mi propuesta es que el Karma no es misterioso en lo absoluto, sino parte integrante de la vida común de cada día. No necesitamos poderes místicos especiales para entender cómo funciona, únicamente un poco de reflexión con sentido común. Es una ley humana cuya influencia se verá reflejada en las decisiones que tomamos día a día sobre nuestra vida.

En este libro entenderemos el Karma como un principio que nos muestra que la conducta que se guía por medio de la moral (y eso incluye a los pensamientos) impacta en uno mismo, en otras personas y en el mundo. Antes que nada, mediante la intención de nuestra conducta transformamos lo que somos. Nos convertimos en lo que hacemos, decimos y pensamos. En segundo lugar, esta conducta influye en la manera en que otros piensan y actúan con relación a nosotros, mas no la determina. En tercer lugar, da como resultado nuestra propia experiencia del mundo, muy particular. De cierta manera crea nuestro mundo. Por ejemplo, si percibimos el mundo de un modo agradable o si nos da miedo es debido a nuestro karma. Esta manera de entender el Karma es principalmente psicológica, al contrario de lo que podría describirse como explicaciones cosmológicas, como las que se detallaron con anterioridad.

Sin embargo, quizás estemos precipitándonos al ofrecer esta definición. Tal como veremos, existen diferentes doctrinas sobre el Karma que pertenecen a diferentes tradiciones religiosas indias, aunque incluso dentro del budismo mismo no existe un entendimiento definitivo y obvio sobre él. A pesar de esto pienso que, cuando menos, nuestro punto de partida hace un poco de justicia al modo en que se concibe y entiende el Karma tradicionalmente. Además toma en cuenta las formas modernas de comprender el mundo.

Dentro del budismo, el principio del Karma ha estado intrínsecamente relacionado con la noción del renacimiento o del volver a ser (*punarbhava*). Esta doctrina establece que cuando muramos naceremos nuevamente, no en el cielo o en el infierno eterno, sino en un nuevo cuerpo físico que tenga coherencia con el grado de bondad moral que expresamos en nuestra vida actual (y a veces en vidas pasadas). La tradición budista ha elaborado una cosmología detallada para explicar qué tipo de renacimiento podemos esperar, dadas las fortalezas o fallas morales específicas. Algo relevante que hay que señalar es que se dice que el proceso del nacimiento, la muerte y el renacimiento (*samsara*) continúa por tiempo indefinido hasta que nos convertimos en seres espiritualmente liberados. Conoceremos más acerca de ello posteriormente.

No obstante, ¿qué sentido le podemos encontrar a esta noción de renacimiento? A muchos occidentales, educados con el paradigma del materialismo de la ciencia moderna, el renacimiento les puede parecer una creencia ingenua, incluso primitiva (lo cual, por supuesto, no significa que sea errónea o inútil). ¿Bajo qué fundamentos el budismo clama que el renacimiento es una realidad? ¿Cómo sucede el renacimiento? ¿Se debe tomar literalmente o es mejor entenderlo como un mito, cuyo significado es más simbólico? ¿Puede el concepto de Karma tener algún significado sin una noción asociada con el renacimiento? Estas son algunas de las preguntas que intentaré abordar.

En las siguientes páginas abordaremos críticamente algunas de las explicaciones tradicionales de las doctrinas del Karma y el renacimiento. Exploraremos de qué manera evolucionó la forma en que el budismo ha entendido estas doctrinas desde el punto de partida de los inicios de la religión india y cómo eso condujo a un cierto grado de confusión e inconsistencia dentro del budismo mismo. Mi objetivo versa no tanto en probar si estas son verdaderas o falsas sino en si pueden funcionar como

creencias admisibles que desempeñen un papel espiritual útil y cómo lograr eso. Sugiero que para llevar una vida espiritual efectiva necesitamos un conjunto de creencias y prácticas que nos motiven a transformarnos de manera positiva. El punto no es, entonces, si debemos creer o no. Al contrario, es ¿cómo aquello en lo que creemos tiene influencia en la manera en que vivimos? Este tipo de auditoría aplicada a nosotros mismos puede extenderse todavía más: ¿cómo todas nuestras creencias y perspectivas influyen en nuestras acciones? ¿Lo que creemos sobre el mundo nos permite vivir más creativamente? Si no es así, ¿deberíamos cambiar algo? Al seguir este enfoque sugiero que es necesario no olvidar medir nuestra integridad espiritual o “santidad” en términos de qué tanto somos capaces de estar de acuerdo con la doctrina tradicional.

La meta de la vida espiritual es la transformación de uno mismo, no la conformidad con las doctrinas religiosas. El budismo efectivo es aquel que asimila conscientemente las creencias espirituales para determinar cómo podrían promover la consciencia, la sensibilidad ética y el compromiso creativo con la vida.